

—Estaba probándome este traje nada mas por broma.

—Pues *mia* lo que son las cosas, la tal probatina te va á costar una zurribamba de palos.

Diciendo y haciendo, sacó el machete y lo descansó de plano en los robustos hombros de su consorte.

Nuestros lectores no habrán calculado detenidamente lo que vale una fondista enfurecida.

Doña Bárbara respondió al agasajo de su esposo con un bautismo de ensalada de pepinos.

Don Córpus contestó á ese sacramento con el de la confirmacion, dándole un cachete á doña Bárbara, que retumbó en todo el establecimiento.

Mesas, cacerolas, servilletas, cubiertos y cuantos utensilios habia en la fonda, volaron por la atmósfera hasta dejar la estancia como un campo de Agramante.

Abandonamos á los consortes en el *circo* del hogar doméstico, luchando como unas fieras, y nos encaminamos al campo de la liga donde pasaba un escándalo de mayor trascendencia.

CAPITULO XIII.

Del primer golpe contuso que sufrieron los convenios de la Soledad,
y de como se hizo fabelaices el tratado de Londres.

I.

Felipe Cuevas y su amigo de aventuras salieron huyendo de la fonda por temor de que el contrabandista les diese su merecido, como un premio por el primer figurin, exportacion de la liga extranjera.

Dirigianse á su alojamiento cuando vieron á un oficial frances atravesar á escape por la plaza de San Andres y dirigirse al cuartel general.

Como la situacion era de expectativa, los amigos siguieron paso adelante hasta entrar en la habitacion de Coutolene, comandante militar de la plaza.

El oficial preguntó por la autoridad, y esta se presentó al reclamo del frances.

—Señor, dijo el enviado del campo enemigo, S. E. el almirante Jurien de la Gravière, pone en conocimiento de usted, para que se sirva dar cuenta á su gobierno, que da por termi-

nado el armisticio y por nulos los tratados de la Soledad; en consecuencia, las tropas regresan al punto de partida y el ejército frances queda en libertad para emprender sus operaciones.

Coutolene respondió, aparentando la mayor tranquilidad:

—Señor oficial, ruego á usted diga á S. E. el almirante Julien de la Gravière se sirva concederme un término para avisar á mi superior, porque este asunto es demasiado delicado para poder dar una contestacion; además, que siendo un caso imprevisto, no tengo mas instrucciones que vigilar la línea que se me tiene encomendada y obrar segun las mismas órdenes.

Saludó el frances y violentamente tomó el camino de Tehuacan.

II.

Coutolene dió aviso al general Zaragoza, que se movió violentamente para estar en guardia.

El gobierno supo esa determinacion con bastante sorpresa, y el ministro Doblado pidió explicaciones.

Reuniéronse los plenipotenciarios de la liga y discutieron sobre la inconveniencia de tal paso.

Los franceses trataban de llevarlo adelante, pero viendo una tenaz resistencia en el general Prim y el almirante Dunlop, dieron una explicacion bien poco satisfactoria.

Saligny aclaró el mensaje, diciendo que solo se trataba de abandonar Tehuacan por lo *insalubre del agua*; pero de ninguna manera significaba aquel paso un rompimiento.

Siempre le ha parecido á S. E. el ministro de Francia *insalubre el agua*, no opina lo mismo respecto al *coñac*.

Remendóse aquella célebre alianza; pero ya el vaso de la *intervencion* estaba roto, y hay cosas que no se sueldan jamas.

Los disgustos continuaban, la falta de acuerdo era absoluta, las exigencias terribles y el descontento universal.

Los españoles, enemigos naturales de los franceses, y estos de los hijos de la Gran Bretaña, no podian vivir en paz, y las reyertas se sucedian entre las tropas y comenzaba á tomar la situacion una temperatura alarmante.

Sir Charles Wyke y el general Prim conferenciaban sin contar con Saligny, declaraban hasta en conversaciones particulares, que las reclamaciones de la Francia eran injustas, y que el negocio de Jecker no podia ampararse á la sombra de las naciones aliadas.

La llegada del conde de Lorencez habia puesto en una conflagracion mas terrible aquellos disimbolos elementos.

Gasset, aquel célebre general que dió una proclama que ocupaba ménos espacio que sus títulos y condecoraciones, estaba de regreso en la Habana, como la primera víctima; porque la España se habia descartado en esa célebre cuestion entablada por las dos naciones signatarias, sobre haberse adelantado en la expedicion queriendo llevarse la gloria de un soñado triunfo.

La llegada de los emigrados traia revuelto el campo, el conde de Lorencez no estaba de acuerdo con Almonte, ó por lo ménos lo aparentaba.

El padre Miranda y Haro y Tamariz conspiraban descaradamente y las proclamas y planes de Almonte circulaban con profusion.

En ellos, segun la antigua monomanía del bastardo de Morelos, se proclamaba primera persona del gobierno en ciernes.

De todo aquel *mare magnum* salia un vapor de *monarquía* muy pronunciado.

Los periodistas franceses y españoles no dejaban su tono de conquista y todo aquel laberinto formaba una tempestad próxima á desgajarse.

El choque de los intereses encontrados producía el rayo y en el incendio se libraría el mas avisado.

Soplaba el vendabal, la mar inquieta de la política se agitaba terriblemente y todo amenazaba una catástrofe.

El campo de los aliados era una torre de Babel, de donde saldrían en dispersion todos los que se habían reunido para devorar una nacionalidad agonizante en aquellos momentos.

Aquella catarata comprimida debía romper las márgenes que la encarcelaban, era la nube que espera romperse por un solo punto para caer en torrentes sobre la montaña y abrir un surco indeleble.

III.

El 9 de Abril de 862 se reunieron los plenipotenciarios en una junta preliminar, para abrir las conferencias con el gobierno mexicano.

En esa junta debían exponer con toda claridad las reclamaciones y exigencias de los respectivos gobiernos, para presentarlas á los comisionados de la república.

La cita era para la mañana del 9 y el punto de reunion el alojamiento del conde de Reus.

Abrese al fin la sesion última de los plenipotenciarios.

El marques de los Castillejos pregunta á sus colegas si se hallan en disposicion de seguir obrando segun el tratado de Londres y los convenios de la Soledad.

Mr. Saligny, con esa exaltacion febril que lo distingue, dijo con tono altanero, ageno sin duda de aquellos momentos en que se interesaban las naciones europeas y la nacionalidad mexicana:

—La Francia permanece fiel á la convencion de Londres, pero desconoce los tratados de la Soledad.

—Segun esa estipulacion nos encontramos en esta ciudad, observó el ministro ingles.

—Ese es un hecho, repuso Saligny; pero el gobierno mexicano los ha roto y creo que nosotros no estamos obligados; ade-

mas, las exigencias son verdaderamente inoportunas, Juarez pretende que reembarquemos á los mexicanos emigrados y no es posible consentir en ese absurdo.

—Toda vez que hemos reconocido como gobierno legítimo la actual administracion, dijo Prim, es necesario estimar como justas sus reclamaciones. Almonte y sus compañeros vienen á trastornar la paz pública, á poner dificultades á la situacion creada por nosotros.

—S. M. el emperador, contestó el almirante Jurien de la Gravière, tiene en alta estima al general Almonte, y cree indisputable su derecho para ayudar al establecimiento de un gobierno que dé honra á su país.

—No es esa nuestra opinion, observó Wyke.

—Ademas, que el gobierno mexicano responde á las palabras de concordia, añadió Saligny, con ejecuciones horribles, como el asesinato de Robles Pezuela.

—Ageno es, dijo Prim, al objeto que hoy nos reune, entrar en la apreciacion de la conducta del gobierno mexicano; se trata simplemente de ponernos de acuerdo para presentar nuestras reclamaciones.

—Señores ministros de la Inglaterra y de la España, dijo Saligny, es necesario que sepan de una vez SS. EE., que la Francia no entrará mas en pláticas con el llamado gobierno de México, y que sus tropas salen hoy mismo á sus antiguas posiciones para emprender libremente sus operaciones.

—No es esto lo estipulado, dijo Prim, encendido en cólera, no haré pasar á la España por un papel indigno borrando esos preliminares que ayer he firmado en su nombre.

—Soy de la misma opinion, añadió sir Charles Wyke.

—Los plenipotenciarios franceses *no han firmado* los tratados de la Soledad, dijo Saligny.

Levantóse Prim, en un acceso nervioso; su caballerosidad se negaba á creer tanta audacia.

—¿Que no habeis firmado, señor ministro? dijo exaltado el conde de Reus.

—Ya lo he dicho, repuso Saligny con todo el descaro de un bribon.

—¿Y esta firma, caballero? dijo Prim mostrando los protocolos al conde Dubois de Saligny.

—Esa firma vale menos que el papel en que se halla puesta.

Saligny respondió como Carlos V cuando no queria cumplir con un tratado á cuyo calce se encontraba su firma: "lo desfirmo."

Sir Charles Wyke dió una mirada de profundo desprecio al ministro frances.

El conde de Reus no pudo tolerar tanta impudencia.

—Señor ministro frances, gritó con voz terrible, si no os retirais de aquí al instante, tenemos un mal momento.

El general Prim estaba á punto de abofetear al representante de la Francia.

La die tra del valiente general se hubiera manchado con el rostro de ese miserable.

Saligny hizo lo que los cobardes, se encogió de hombros y dirigió con acento sarcástico estas palabras al conde de Reus:

—Extraño que vos querais transar con el gobierno mexicano, cuando sois de opinion que entre al sólio del nuevo imperio un soldado de fortuna.

—Comprendo, señor de Saligny, lo amargo de vuestras palabras; pero yo he hablado refiriéndome á un mexicano y de ninguna manera á mi persona, y os advierto que no toleraré mas esas palabras equívocas y os exijo desde luego una satisfaccion.

Saligny temblaba ante el marques de los Castillejos.

—Señor, le dijo, yo no soy mas que el eco de un rumor público, pero no dudo de la falsedad de especie tan grosera.

—Señor ministro, dijo Prim, dirigiéndose al señor Charles Wyke, la Francia se separa por completo del tratado de Londres, y la España no puede presenciar la violacion del derecho de gentes ni de los tratados que hemos signado en nombre de

la Europa, sin comprometer su honra; en consecuencia la escuadra española se retira y hoy mismo doy órdenes para el reembarque de las fuerzas.

—Señores, dijo Jurién de la Gravière, la Francia quiere establecer la monarquía en México, como la única base de un gobierno fuerte y duradero.

—Esa es una declaracion de guerra á México, respondió Prim, que no está en el pensamiento del convenio de Londres.

—No es esa nuestra misión, replicó el ministro ingles, la convencion dice que los mexicanos son árbitros de sus destinos y la Inglaterra no apoyará ninguna pretension y ménos aún despues de los preliminares ajustados en la Soledad.

—Esas convenciones fueron aceptadas para dar tiempo á que llegasen las instrucciones de Francia.

—No fué ese nuestro sentir, ni lo es aún, señor almirante.

—Veo que no estamos de acuerdo en la interpretacion del convenio de Londres, añadió el conde de Reus.

—El conde de Lorencez trae nuevas instrucciones y marchará sobre la capital.

—La Inglaterra, exclamó Wyke, no puede oponerse tratando de apoyar á un gobierno que se halla no obstante en su derecho de repeler la fuerza con la fuerza; pero no se hará cómplice de un atentado: doy por suspensa la convencion de Londres en nombre de mi país, y me retiro con la escuadra inglesa.

Levantóse el conde de Reus y escribió estas líneas, que propuso en seguida á sus colegas, fueron firmadas en el acto y enviadas al gobierno de México.

VI
"Orizava, Abril 9 de 1862.—Los plenipotenciarios de S. M. la reina de la Gran Bretaña, de S. M. el emperador de los franceses y de S. M. la reina de España, tienen el honor de comunicar á S. E. el señor Ministro de relaciones exteriores de la

República mexicana, que no habiendo podido ponerse de acuerdo acerca de la interpretación que debe darse, en las circunstancias actuales, á la convencion de 31 de Octubre de 61, han resuelto adoptar en lo de adelante una accion completamente separada é independiente.

“Por consiguiente, el comandante de las fuerzas españolas va á tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas.

“El ejército frances se concentrará en Paso Ancho, tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posición, es decir, probablemente hácia el 20 de Abril, comenzando en el acto sus operaciones.

“Los infrascritos se apresuran á aprovechar esta ocasión para ofrecer á S. E. el señor ministro de relaciones exteriores, las seguridades de su alta consideración.—*C. Lenox Wyke.*—*Hugh Dunlop.*—*A. de Saligny.*—*E. Jurien.*—*El conde de Reus.*—A S. E. el señor Doblado, ministro de relaciones exteriores.”

—Los buques franceses, dijo Saligny, están á la disposición del señor conde de Reus, para el reembarque de las tropas españolas.

—Caballero, dijo Prim, la España tiene sus trasportes, y en todo caso acepto la oferta de S. E. el ministro ingles, para el evento de necesitar algunos buques.

Saligny estaba quemado á desaires.

IV.

Luego que los plenipotenciarios dejaron el alojamiento del marques de los Castillejos, éste citó á los gefes del ejército español para comunicarles la ruptura del tratado de Londres.

Aquella juventud que habia soñado en las hazañas del siglo XVI, y tenia por sola ilusión ver en los palacios de Moctezuma los estandartes españoles, quedó muda ante las palabras del conde de Reus.

El bravo general conservaba ese reposo que se le ha visto en las ocasiones solemnes, en la víspera de sus batallas ó despues de sus grandes victorias.

Recordó las estipulaciones de la convencion y los nobles pensamientos de las naciones signatarias.

—Dios no ha querido, dijo con una convicción profunda, que se realizaran nuestras ideas; tal vez no ha llegado aún la hora de salvacion para este desgraciado país.

El general Prim, que como todo ser humano, no estaba en los designios de la Providencia, ignoraba que la ruptura de aquel pacto nefando era precisamente la salvacion de la república.

El conde de Reus dijo á los gefes de su ejército cuanto habia pasado en la última conferencia, manifestándose indignado por la conducta de los plenipotenciarios franceses.

—Nosotros, dijo, no podemos adherirnos á esa política, porque España no es una nacion que se deja remolcar á voluntad por nadie: no debemos oponernos con la fuerza á esos proyectos, no debemos autorizar con nuestra presencia el quebrantamiento de todo lo que se ha convenido, y no podemos tampoco ser pasivos espectadores de una lucha entre franceses y mexicanos: debemos, pues, retirarnos de este país dejando que el mundo juzgue de nuestra conducta y de lo que nos obliga á tomar esta resolución. Yo les dejo la responsabilidad de este acto, sobre el cual caerá muy pronto el fallo de la opinion en América y en Europa.... La historia juzgará entre ellos y nosotros.

El general Prim hacia bien invocando el juicio del porvenir.

La historia ha fallado, condenando á los hombres de la sangre y de la ambicion.

La España y la Inglaterra volvian al continente con una bandera sin mancha, mientras las naves de Napoleon III atravesarian tres años despues las aguas del Atlántico como una expedicion de piratas en fuga y derrotada.

El partido del terror se aferró á la intervención de una manera positiva, tenía mucho al ver la imponente actitud que guardaba la nación al proclamarse la ley marcial y ante los preparativos de la gigante guerra que iba á desatarse en las vírgenes campos del Nuevo-Mundo.

Una horda salvaje de asesinos y de verdugos poseía un harpo con cuarenta y dos en las escarriadas y desfiladas de las montañas, aquella sangre estaba humeante, el general Alcaide se sorprendió por la cuadrilla de Miquel y Esteban, impuntamente y cogido en cadáver de la rama de un árbol. Aquellos miserables formaban lo que se quisiera llamar el ejército de los muertos.

CAPÍTULO XIV.

Donde se demuestra que los franceses en materia de palabras de honor, estaban á la misma altura el año de 8 en España, que en México en 1862.

I.

El guante estaba recogido aun antes de caer en la arena.

La Francia quedaba sola en el territorio mexicano y la lucha debía comenzar con aquel rencor con que se defiende una nacionalidad batida por un enemigo poderoso.

Las antiguas simpatías con la nacion francesa quedaban extinguidas como el fuego de un volcan despues de su erupcion.

Nada mediaba ya sino ódio y anatema, venganza y resentimientos.

El viejo continente enviaba á sus aventureros en bandadas, no traian ya como en otros tiempos la fé de Jesucristo, sino la enseña de la paz, como si álguien se las demandase.

Pobre Europa, era la anciana que queria ataviar á la nieta con las galas que le habian servido en antaño, haciendo de ella una caricatura; pero una caricatura sangrienta.

El partido del retroceso se adhirió á la intervencion de una manera pasiva, tenia miedo al ver la imponente actitud que guardaba la nacion al proclamarse la ley marcial y ante los preparativos de la gigante guerra que iba á desatarse en los vírgenes campos del Nuevo-Mundo.

Una horda salvage de asesinos y de verdugos paseaba sus harapos ensangrentados en las encrucijadas y desfiladeros de las montañas: aquella sangre estaba humeante, el general Alarista fué sorprendido por la cuadrilla de Márquez, y fusilado impiamente y colgado su cadáver de las ramas de un árbol.

Aquellos miserables formaban lo que se quiso llamar ejército reaccionario por Almonte.

Entre aquellos hombres hubo algunos que desertaron á la hora de reunirse con el extranjerero.

Sin embargo, nada habia mas lógico que aquella liga.

El general Zaragoza habia llegado á Jalapa, donde dió una proclama aceptando la lucha y llamando en su derredor á los mexicanos.

Hé aquí algunas palabras de ese hombre que la historia ha inmortalizado, y que auguraban una próxima victoria.

“Contra un pueblo orgulloso de su historia y que apenas ha un año que conquistó sus libertades, nada vale, nada le intimida, porque ese pueblo que tiene la conviccion de su dignidad, sabrá repeler tan temeraria agresion y agregará una página á sus brillantes anales.

“México acepta la guerra, no la ha provocado; pero la acepta con honra y se gloria de haber cumplido fielmente su palabra empeñada en aquellos preliminares. La fé ha sido burlada, y las desgracias de la guerra pesarán sobre la nacion que injusta y despiadada pretende su esclavitud. Las naciones, el mundo entero nos hará justicia, y si la fortuna nos es adversa, si perecemos con gloria en la demanda, la posteridad recojerá solícita nuestros nombres é imitará nuestro ejemplo.”

Cuando un pueblo lucha por la independecia, no mide el número de sus adversarios.

—Hasta es otra cosa, dijo Manolo, vosotros sois mexicanos y yo soy todo un hombre; con que hablen que tengo que irme.

En la plaza de Córdoba se habian reunido las tropas francesas y las españolas que iban de retirada rumbo á Veracruz.

Ya nuestros lectores están enterados del odio irreconciliable que media entre estas dos nacionalidades.

Pasaba un sargento de los Cazadores de Isabel II acompañado de tres soldados, frente á uno de los cuarteles de la tropa francesa, cuando los soldados de la guardia simultáneamente y en tono de broma, imitando el toque del clarin, tocaron *trote* y despues *escape*.

El sargento se detuvo y dirigió algunas palabras en castellano á los franceses, entre las que iba mezclada la de *gabachos* que fué entendida á las mil maravillas.

—Vive Cristo! dijo el sargento, que hoy despanzurro á un *franchute* como se atreva á salir de su escondite.

Desprendióse un zuavo que se encaró al español, y comenzó una plática en frances y castellano sin que pudiera comprenderse otra cosa por ambas partes, que lo que se decian eran recíprocos insultos.

—Aquí está Manolo Balboa, gritaba un soldado, que se ha batido en Africa y no le tiene miedo á estos fanfarrones.

La cuestion pasó de la lengua á las manos, el español atravesó al zuavo de parte á parte con la espada.

Al ver caer á su compañero, tomaron sus armas los franceses é hicieron fuego sobre los españoles, el sargento quedó muerto en el acto; Manolo Balboa pidió auxilio á su cuartel y comenzó una zambra de bayonetazos y balazos que puso en movimiento á la ciudad.

Merced á los esfuerzos de los gefes pudo contenerse el motin. Manolo limpiaba la hoja de su espada en el pantalon y echaba mas fanfarronadas que gotas trae un aguacero.

Luego que el andaluz se retiraba para su cuartel, dos jóvenes de la ambulancia mexicana lo detuvieron.

—Esto es otra cosa, dijo Manolo, vosotros sois mexicanos y yo soy todo un hombre; con que hablen, que tengo que presentarme arrestado.

—Usted es un valiente, dijo Felipe Cuevas, y merece pertenecer á nuestro ejército.

—Como que ganaria mucho en ello, repuso Manolo atusándose los bigotes.

—Bien, es necesario que se vaya usted con nosotros que salimos para Orizava.

—Quiá! yo no dejo mi cuerpo ni por el tesoro del mundo.

—Es que ustedes ya no pelean con nosotros, y mas vale quedarse en México que ir á pasar trabajos á la Península.

—No está mal pensado; pero si me pescan me guindan.

—Eso no importa.

—Ya!

—Nosotros lo presentaremos al general, será usted nuestro amigo y compañero.

—Bien, á mí me mandaron á tomar México, eso era muy fácil para mí, con estender la mano era negocio hecho; pero no me dió la gana ejecutarlo, y se acabó.

A los estudiantes les habia caido en gracia el andaluz y procuraban á todo trance llevárselo consigo.

—Miren ustedes, decia el andaluz, yo me las voy con cualquiera; pero mi general Prim tiene muchos hígados.

—Sale hoy para Veracruz.

—Bien, entonces me quedo; pero si me atrapan me rompen el bautismo.

—Y esa espada?

—Hombre, les juro que no me acordaba, con esta no hay

miedo de que pase nada; con que vamos donde gustéis y pronto, porque se me está poniendo volver á la carga con los *gabachos*, y hago otra que suene.

Los estudiantes se llevaron al andaluz y lo trasformaron en un momento, poniéndole el uniforme de la ambulancia.

III.

—Qué ruido es ese, paisanos? preguntó Manolo alarmado.

Los estudiantes se asomaron á las ventanas del hospital y vieron una especie de *victor*, seguido de una música ratonera, en que un hombre iba repartiendo impresos como los payasos de las funciones olímpicas y los bufones de las corridas de toros.

Santiago Gonzalez tomó uno de aquellos papeles que era nada menos que una proclama de D. Juan N. Almonte, en que descaradamente se proponia como candidato á la suprema magistratura.

El señor Almonte decia que los señores extranjeros solo deseaban el bien de la nacion, y que debiamos confiar enteramente en ellos, que estaban dispuestos á sostener un nuevo gobierno.

—Maldito indio, dijo Santiago, es mas traidor que Izcariote, si lo ha sabido el señor cura lo estrangula como tres y dos son cinco.

—Qué pasa? preguntó Felipe.

—Que el negocio se enturbia, me parece que los *gabachos* no cumplen con los tratados y nos espetan al indio Almonte á la cabeza de un motin; mira la proclama, y este otro papasal de Saligny y Jurien de la Gravière.

—Estos franceses tienen la música por dentro, si no nos marchamos de Córdoba nos columpian de una cuerda.

—Y nuestros enfermos?

—Que se quejen en frances para que los cure esa detestable ambulancia.

—No, yo no los abandono.

—Todo queda arreglado, me marchó con Manolo y te espero en Orizava.

—Y si me aprehenden?

—Entonces te esperamos y no llegas.

—Bien, esta noche te largas, y punto concluido.

Luego que llegó la noche, Santiago Gonzalez y Manolo tomaron en dos *rocinantes* el camino de Orizava, donde la fortuna les preparaba otra emocion.

El andaluz no habia montado á caballo ni una sola vez en su vida; y si no habia montado, ménos en *silla vaquera*.

A la media legua ya estaba fatigado, y á la legua y media pedia misericordia.

—Esta jaca, decia agarrándose con todas sus fuerzas de la cabeza de la silla, me ha desconocido, se mueve de una manera muy extrajudicial.

—No varies de postura, aconsejaba Santiago Gonzalez á su compañero.

—Diablo! si no encuentro una que me acomode, y ya me escuece este maldito trote.

—Estamos cerca de la posta.

—Ya estoy cerca del hospital, me parece que se me va á voltear la *cartuchera* de las provisiones.

—Animo, Manolo, y dale con la cuarta al caballo.

—Eso nunca! si se incomoda me pega un zopapo que no lo cuento.

El andaluz se sentia desfallecer, los pantalones se le habian arrollado hasta los múslos, habia perdido una bota, y llevaba ese dolor que se llama de *caballo*.

En un punto del camino llamado el *Fortín*, se apearon los viajeros para tomar un refresco.

—No compra usted mantequilla, preguntó con sorna la fondera á Manolo.

—Y qué bien que la necesito; pero no en el pan sino en el pellejo, respondió el andaluz, que estaba con las piernas mas rígidas y abiertas que las de un compas.

IV.

El dia 18 de abril, dice un testigo presencial, se pasó la mañana en el reconocimiento de los puntos cercanos, y en la tarde el general Zaragoza, acompañado de sus ayudantes, entregó en medio de un silencio solemne y religioso, al batallón *Morelos*, la bandera enviada como un obsequio por el Sr. Juarez.

El general dirigió una breve alocucion, la tropa llena de entusiasmo juró derramar la última gota de su sangre en defensa de ese estandarte sagrado, simbolo de la nacionalidad mexicana. Pocos momentos despues llegó el brigadier Milans con su estado mayor á hacer una visita de despedida al campo republicano.

La tropa, que aun estaba formada, hizo algunas maniobras en su presencia, mereciendo elogios del bravo coronel.

Pasó luego á la casa del general, donde fué obsequiado con algunas botellas de champaña, que enardecieron los ánimos, cambiándose entusiastas y sinceros brindis.

Por un momento aquello tuvo el aspecto de una fiesta de familia, cuyos miembros iban á separarse acaso para siempre.

Zaragoza despidió á sus huéspedes hasta la entrada de Orizava, en este tramo, Milans suplicó por última vez al general, por la *virgen de la O*, estas fueron sus palabras, que estuviese listo porque temia alguna traicion de los franceses y maquinaciones de los reaccionarios.

El 19 comenzaron á salir del Ingenio las fuerzas republicanas para situarse á la entrada de Orizava, donde debian aguardar al general Zaragoza.

La tropa cargó sus armas y esperaba con entusiasmo cualquiera insidente para la lucha.

Zaragoza se detuvo un momento con el general Diaz dándole algunas órdenes y prosiguió su marcha hasta la casa del general Prim, donde permaneció hasta que la brigada de Oaxaca pasó por el frente en columna de honor.

La tropa iba á acampar al llano de Escamela que se halla á la salida de Orizava, camino de Córdoba.

Zaragoza arregló personalmente su campo, y en la tarde regresó, dando orden al teniente coronel Diaz, de la caballería de Oaxaca, de avanzar hasta el Fortin, distante dos leguas y media de la plaza, como una avanzada de observacion.

El coronel Félix Diaz con una caballería, llegó al sitio donde estaban los oficiales de la ambulancia.

—Qué hay de nuevo compañeros?

Manolo no pudo ni contestar, estaba tan cansado que no tenia tiempo suficiente para quejarse.

—Nada y mucho, contestó Gonzalez, el traidor Almonte prepara un mamotreto y es necesario que mi general Zaragoza vea estos papeles.

Félix Diaz vió la proclama y movió la cabeza diciendo: malo, malo, me huele á qué nos rompemos los cuernos con estos infames.

Inmediatamente salió un extraordinario para el cuartel general.

No bien se habian sentado á la mesa los amigos á tomar un

ligero almuerzo, cuando el jefe de la escolta dió parte al coronel Diaz, de que se avistaban tropas francesas.

Manolo que oyó el parte, saltó ligero sobre el caballo olvidándose de su situacion lastimosa.

Félix Diaz y Gonzalez se pusieron en espera de los acontecimientos.

Una partida de cazadores de Africa se precipitó sobre los soldados mexicanos acuchillándolos cuando menos lo esperaban.

Trabóse un reñido combate en el que Diaz fué hecho prisionero y algunos de sus soldados, mientras los otros estaban fuera de combate no sin haber causado pérdidas al enemigo.

Aquella conducta no tenia nombre: derramar alevosamente la sangre de un enemigo generoso quebrantando un armisticio, es una accion enteramente francesa.

En aquellos momentos atravesaba la carretela que conducia á la familia del conde de Reus.

Saltó del carruage el brigadier Milan del Boch y se indignó á la presencia de aquella escena de sangre y de infamia.

—Caballero dijo al gefe frances, este es un atentado horrible.

—Yo he venido, respondió este, en son de guerra, estoy en mi derecho, la escolta ha hecho armas y la he batido.

—Es una falsedad, dijo el coronel Diaz, arrojando espuma por la boca, ahogado de la rabia, yo he sido atacado cobardemente por estos miserables.

—Y hácia donde se dirigen ustedes? preguntó el brigadier al frances?

—Vamos á salvar á nuestros enfermos de Orizava que los asesinan en los hospitales.

—Esto es horrible, exclamó Milans, yo ruego á usted que deje en libertad al coronel, ha venido á guardar la carretera y no es justo este tratamiento.

Merced al empeño del brigadier, se puso en libertad á Diaz, que juró por lo mas sagrado del mundo no dejar con vida al frances que cayera en sus manos.

Gonzalez y Manolo Balboa siguieron el camino por la vereda, asustados de aquella matanza.

VI.

Al desocupar las tropas francesas la ciudad de Orizava, dejaron, bajo el pretexto de enfermedad, á seiscientos soldados y una fuerte escolta para custodiar el edificio, haciendo un total de mil y tantos hombres.

Ya la traicion que ha cubierto de baldon la bandera de la Francia, estaba en el pensamiento de los comisarios, que habian tenido miedo al ver las formidables posiciones del Chiquihuite que serviria de dique á su avance agresivo, y de tumba á sus victorias.

Comprendieron que no podian tomar esas posiciones en son de guerra, ó tendrían que librar un combate desesperado y sangriento, y se determinaron á violar con la mas cobarde de las traiciones el pacto solemne de volver á Paso Ancho allende la cordillera de la Mesa Central.

El general Zaragoza tenia situada su fuerza en los llanos de Escamela y estaba con parte de su ejército en las goteras de la ciudad, cuando recibió pliegos del conde de Reus en que se le avisaba la conducta desleal de los franceses y la trama de Almonte que ponía á la luz las intenciones hostiles de la intervencion.

Recibió al mismo tiempo el parte de Diaz, y replegó sus fuerzas en actitud de expectativa al Ingenio.

Los franceses no solo se rehusaron á desocupar Córdoba, sino que caminaron sobre Orizava en una marcha violenta, apoyándose en los mil enfermos que salieron buenos y sanos y armados á sostener el movimiento.

Hé aquí la impudencia en una de sus fases mas groseras, consignada en la proclama de Laurencez y que presentamos al juicio de la historia.

“Mexicanos: A pesar de los asesinatos cometidos en mis soldados; y de las proclamas del gobierno de Juarez escitando á esos atentados, queria cumplir fielmente hasta el último momento las obligaciones contraidas con los plenipotenciarios de las tres naciones aliadas; pero recibí del general Zaragoza una carta, por la cual la seguridad de mis enfermos dejados en Orizava bajo la salvaguardia de las convenciones, se encontraba indignamente amenazada.

“Ante semejantes hechos no habia que vacilar, he tenido que marchar sobre Orizava á proteger á mis enfermos amenazados por tan vil atentado.

“No por eso deberá inquietarse la nacion mexicana, pues la guerra se ha declarado solamente á un gobierno infame que ha cometido contra mis compatriotas ultrajes inauditos, por los cuales, creedme, sabré obtener la debida reparacion.

“Orizava, Abril 20 de 1862.—El general en jefe del cuerpo expedicionario en México.—El conde Laurencez.”

A ningun corazon honrado satisface esa disculpa grosera inventada por la cobardía y la traicion.

Aquel primer paso, fué tambien el primer acto de la farsa sangrienta que ha desolado á nuestro país.

Los caudales empleados en las fortificaciones de esa inespugnable línea de defensa, habian sido infructuosos, y ojalá que importase solamente el numerario, nuestras inagotables minas nos hubieran indemnizado; pero aquella infamia sin nombre dejaba al ejército en una situacion verdaderamente terrible, porque la segunda línea aun no estaba concluida, el general Zaragoza creia seguro detener al enemigo en las gargantas del Chiquihuite, y repentinamente veia cambiado su plan de operaciones.

La historia ha fallado, y la Francia registra en sus páginas un acontecimiento mas de deshonra, que desgraciadamente no importa una novedad en sus recuerdos patrios.